



ZAPATAZO I.

16 DE AGOSTO DE 1872.

ESPAÑA PARA LOS ESPAÑOLES.

ANTE TODO.

—Antolin, exige la buena educacion saludar cariñosamente á nuestros colegas de la prensa.

—Ya pensaba yo lo mismo respecto á los que se ocuparon de nuestra aparicion.

—Pues es preciso hacerlo con todos, porque los unos nos han dispensado la benevolencia que *no merecemos*, y los otros con su silencio la *justicia de que nos han estimado acreedores*.

—Sea en buen hora, mi amo.

Desde la corte de España
Hasta el último conflu,
Prensa ilustrada, os bendicen
FRAY GERUNDIO... y ANTOLIN.

UN SAN LÁZARO.

—Ya está, mi amo: y me relamo de gusto porque me dará por el idem, si vá vuestra merced á contar la vida de algun varon venerable: yo no sabia que entre tantos *descamisados* se encontrara uno tan sobresaliente.

—Eres, Antolin, un hablador insorpotable:

¿quién te mete á preguzgar de lo que voy á ocuparme remontándote á troche y moche por los cerros de Ubeda?

—Perdone V., señor; al oir San Lázaro, ya no vacité en comprender que se identificaba V. con la época que tan buena cosecha nos ha dado: y como son los tales Lázaros la calamidad más grande entre todas las demas calamidades que afligen á España, creí francamente que quisiera ponerse bien con esa tropa, ensalzando las virtudes de *una excepcion* de la regla: ya se vé, como uno tiene que vivir con todos, no era ningun disparate mi supuesta congratulacion.

—Congratulado y mudo te debias de ver, para que no me interrumpieras á cada paso: oye, calla y escribe; ya me has trastornado las ideas y no sé de lo que tratábamos.

—Tratábamos, señor, de escribir sobre la vida de San Lázaro, que debe ser muy curiosa: ¿dónde nació?...

—En los infiernos, Antolin de mis pecados: ¿qué vida, ni qué muerte, ni qué San Lázaro es eso que dices! Lee lo escrito tal como lo has puesto.

—Pues dice lisa y llanamente *Un San Lázaro*.

—Eso es: un San Lázaro, que es el cuadro exacto, natural y contorneado del PUEBLO, tal y como lo han puesto los prohombres y políticos de todas las situaciones.

—Mi amo, tiene V. un pésqui que es una maravilla; ahora le pido mil perdones por mis alardes de penetración: vea V. si yo querré al Pueblo, y si me congratularé de que empecemos nuestras tareas consagrándolas á ese ente sublime por quien vivimos y á quien debemos todo lo que somos.

—Lo que es tú no le haces mucho honor que digamos; pues no he visto acémila más incorregible: y te prevengo, Antolin, que no me vengas con adulaciones rastreras, á semejanza de todos los que especulan con la política, que siempre empiezan por halagar al pueblo y ofrecerle el oro y el moro, y cuando han logrado su intento le pagan con un puntapié.

—Mire V., mi amo, pasando por alto lo de *acémila* en gracia del respeto que le debo, yo no puedo ser sospechoso en mis alabanzas, porque sólo vivo de mi trabajo cuando lo tengo; no soy empleado, ni diputado, ni candidato, ni pertenezco á tertulias, ni á comités, y ni siquiera soy pariente de ninguno de los que figuran bajo semejantes nomenclaturas: cada una de ellas es una caja de Pandora, de cuyo fondo se escapan las plagas que nos alligen.

—Ciertamente, Antolin; ese fondo que tú dices tiene mucho de verdad y no poco también de exageración: los males mayores proceden de otras causas que ya iremos desentrañando en el curso de nuestras tareas, haciendo ver los defectos de la administración del país.

—Y entre tanto, mi amo, ¿cuál de las conocidas en el presente siglo le parece mejor á vuestra merced?

—Antolin, de la del régimen absoluto no quiero hablar, porque sería hasta absurdo desenterrar cadáveres repugnantes: entonces pagaban ménos los contribuyentes pero carecían por completo de beneficios y goces que hoy disfrutaban: robaban más los déspotas y no tenían dique sus desmanes, como hoy los encuentran los reyezuelos que nos dominan en la prensa y en los Cuerpos colegisladores.

—¿Y la de los moderados?

—Los moderados, como inmediatos sucesores de aquella época ominosa, heredaron todos sus defectos, aumentaron, corrigieron y enmendaron el código de la inmoralidad, y comprometieron la dinastía. No puedo, pues, otorgar nin-

guna benevolencia á los actos desastrosos de aquel gobierno.

—¡La de los unionistas ya sería hasta cierto punto del agrado de vuestra merced!

—Te equivocas: este partido, mezcla informe del deshecho de los demás, demostró su habilidad en barrer todo lo que los demás dejaban olvidado.

—Pues, mi amo, ya no queda más que el progresista: ¿será la de estos la predilecta de vuestra merced?

Nequaquam, Antolin: los progresistas mientras estuvieron compactos no supieron más que destruir lo que los antecesores dejaron en pie: desunidos, cada cual de sus parcialidades, divisiones y subdivisiones, quisieron ensayar la ciencia económico-funesta de sus individualidades, como Figuerola, Moret, Camacho etc., y han colocado al país en la pendiente del abismo en que hoy se encuentra.

—Hecho UN SAN LÁZARO, mi amo: jamás saldrá de su imagin una verdad más estúpida. Pero en resumidas cuentas, observo que con ninguna administración está V. conforme; ¿cuál será, pues, la que le pite?

—Aquella que saque al pueblo de la abyección en que gime: aquella que plantee el sentimiento puro y desinteresado del pueblo español; y á que prevalezca ese acontecimiento tan deseado se encaminarán nuestros leales esfuerzos abriéndoles el camino de una regeneración heroica, digna y magestuosa, lo cual tendrá lugar al despertar de su letargo el indomable león, emblema de nuestro poderío.

—Señor, ¿y tardará mucho en despertar el animalito?

—Hombre, eso es querer adelantar demasiado el discurso: deben suceder en la esfera política trastornos y sacudimientos muy *radicales*, más radicales que los que de tal blasonan, para que luzca ese día tan apetecido.

—¡Uff! mi amo, eso será el petróleo, el agua rás, el gas Mille: ¡Cáscaras! y que Lázaros vamos á presenciar con esas bromas....

EL ROBO DE.... PROSERPINO.

—Antolin, ¿has visitado el gabinete de las figuras de cera?

—Sí, señor, mi amo: y por cierto que de allí he tomado pie para encabezar este artículo.

—Pues desde ahora te digo que has tomado el rábano por las hojas, y que así entiendes tu

de mitología, como entienden los empleados de nuevo cuño en el manejo de la administración.

—Vuestra merced dice muy bien, yo no entiendo de mientología; pero aquí para mí sayo, tengo por bien escrito mi epígrafe, y no le varío ni una letra, salvo sea el respeto que le debo.

—En primer lugar, Antolin, el robo á que tú te refieres es el de Proserpina; y no sé yo con qué licencia adulteras los sexos de aquéllos personajes heroicos; despues hay robo de Helena, rapto de Alceste, el de las Sabinas, etc.; pero no verás ningun robo que mereciera la gloria de perpetuarse, cuyo protagonista haya sido ningun mastuerzo como tú; todos han recaído sobre famosísimas hembras de rara hermosura y divinas cualidades, pues por ninguna fea habian de comprometerse los dioses del Olimpo.

—Tocante á eso, alabo el gusto de aquellos señores, y de mi mismo parecer son más de cuatro que rigen los destinos del país, y que *están gobernados por unas Proserpinas*, que nada tienen que envidiar á la diosa de los infiernos: pero el caso es, señor, que á pesar de toda la erudicion y de todos los conocimientos que V. posee en materia *Mientológica*....

—Mitológica, Antolin.

—Sea en buen hora: á pesar, como digo, de todo ello, yo insisto en mi tema, y me afirmo y me recalco en que ha habido en nuestros dias, y por cierto muy recientes, muchos raptos y muchos robos y no de hembras, que asombrarán las generaciones futuras, pero que ahora sólo me preocupa uno tan célebre y con circunstancias tan semejantes como el de su Proserpina.

—Cuidado con meterle en honduras, Antolin. Proserpina siendo muy jóven, estaba cogiendo flores en el valle de Enna, y divisada por Pluton, éste la robó para casarse con ella....

—Pare V. el cuento, mi amo; mi Proserpino estaba tambien cogiendo flores y otras cosas de más bullo en el ameno jardin de la Tertulia progresista, cuando cate V. que por unas espinitas que se le clavaron, porque en este susodicho jardin hay tambien espigas y *unos puas* que tiembla el misterio, se *enfurruncha* y se arroja en brazos de una *Hespéride*, y en amoroso consorcio desaparece como Pluton para casarse con ella y reinar en los infiernos.

—Metafisico estás por demas, Antolin, y el diablo que te entienda. ¿Qué Hespéride es esa y qué infiernos los á donde se ha refugiado tu Proserpino?

—Tablada, señor, Tablada: y la Hespéride ¿quién ha de ser sinó ese bello ideal con que ame-

nazaban todo lo existente los órganos de su Proserpino?

—Entiendo, Antolin, entiendo; ¿pero donde está el Júpiter y dónde los Teseos que pudieran robar de los infiernos ese anfitrión? Fallando éstos, cae por tierra tu comparacion.

—Jupíteres y Teseos de sobra hubo que se encargaran de tan peliaguda mision. Trabajo les costó; pero habiendo conseguido Júpiter Rivero, y toda la cohorte de satélites contentulios adornar los sentidos y potencias de aquel invencible y desengañado patricio, trasportáronle, quieras que no, y le colocaron en el pináculo del poder.

—¿Y qué se hizo entónces de la Hespéride? Supongo que no la habrá abandonado y que seguirá tribulándole su más candorosa adoracion.

—Creo, mi amo, que no es la virtud de la constancia la que más distingue á los hombres de cierta magnitud; mucho debe haber de inconsecuencia, cuando los parientes de la ninfa se han exasperado hasta el punto de estarle socabando el terreno á Proserpino, á que contribuyen grandemente los desaciertos en que le hacen incurrir, no obstante que no peca de inocente.

—Eso consiste en que los partidos que se rechazan por sus tendencias heterogéneas, se unen para derribar un enemigo comun, volviendo despues de conseguido á sus respectivos campos, para continuar la obra de su credo peculiar, que es hacer encarnizada guerra á los mismos que han protegido.

—Y dígame V., mi amo, ¿á qué partido político pertenece Proserpino?

—Hombre, segun todas las apariencias, al progresista-radical-demócrata-cimbrio.

—Vaya un galimatías de colores, mi amo.

De lo de progresista, radical y demócrata ya entiendo yo algo; de lo que no comprendo una jota es de lo de *cimbrio*, y si no es descortesía, ruego á vuestra merced me dé alguna nocion ahora que ha llegado el caso.

—Antolin, lo que me exiges es más difícil de lo que parece: los cimbríos son unos seres parásitos que despues de haber chupado por algun tiempo la sávia republicana, han desertado á otros cuerpos más adaptables para continuar absorbiendo sus jugosos y confortables humores.

—Segun eso, mi amo, los cimbríos pertenecen á la clase de insectos que se llaman chupópteros.

—Te diré, Antolin, la historia natural nos dá á conocer esa clase de animales dotados de fuertes garras y de mandíbulas colosales: pero

hay otra clase de cimbríos de que nos habla la historia cronológica de tiempos antiquísimos...

—Mi amo, ¿y estos eran monstruos?

—No, Antolín, eran seres humanos, pero tan depravados y crueles, que sólo podían compararse á las fieras más carnívoras.

—Supongo, señor, que eso pertenecería á la época mitológica.

—Desgraciadamente, Antolín, los cimbríos de que te hablo existieron y formaban una tribu bárbara de guerreros, allá por los años 650 de la fundación de Roma: noticiosos de la fertilidad de nuestro suelo cayeron como una plaga asoladora sobre las playas de España, pero supieron los españoles resistir victoriosamente la invasión y no quedó un cimbrío ni para contarle.

—¡Con que todos murieron! Y, dígame V. mi amo, ¿sería posible que al cabo de tanto tiempo se hubiese reproducido la especie?

—Antolín, ¿quién puede penetrar los secretos de la Providencia?

—¡Ah, señor! Cuánto temo por mi Proserpino, hallándose como se halla en poder de los bárbaros venidos del Oriente. ¡Si en la actualidad hubiera españoles tan decididos como aquéllos, que imitando su ejemplo, limpiaran el país de tanto retolón!... Créame V., amo mio, tiemblo por mi Proserpino...

—Paciencia, Antolín, y mucha confianza: todavía podrá revivir la sangre de Pelayo, y exterminar las hordas que bajo tantos nombres y con tantos disfraces están asolando nuestra infortunada patria.

TRES PIÉS PARA UN.....

—Es preciso, Antolín, que digamos algo de la revolución del 68: fué este un suceso demasiado grande para que al aparecer ogaño no nos ocupemos de la trasformación que ha operado en la sociedad.

—Viejo y manoseado está ya ese asunto, mi amo; y temo que nos diga el público que traemos los papeles mojados.

—Eres un secretario muy miope, Antolín, y si no te despavilas, poca suerte harás en la carrera que por mi iniciativa has emprendido.

—Para todo se necesita fortuna y saber aprovechar la oportunidad: cuando vuestra merced se me ha aparecido, todo está agostado, y es necesario ser un Salomón para hacerse lugar en cualquier esfera á que uno se encamine.

—Además de miope, eres pobre de espíritu, Antolín: ¿no estás viendo y oyendo que en la repartición del botín de Junio último que se han hecho los situacioneros, no se ha tenido en cuenta la suficiencia del individuo sino la procedencia de su recomendación? Y concretando más el caso: tú eres un secretario particular y ejemplos palpables tienes de lo que eran y hasta dónde pueden llegar estos honoríficos *servientes*, depositarios de los secretos más recónditos de las eminencias sociales.

—Sí, señor, á pesar de la miopeza y pobreza de espíritu que me concede, comprendo muy bien adónde va á parar vuestra merced. Sin ir más lejos, ahí tenemos al secretario particular de un ministro que ayer mañana era auxiliar con 14 ó 16.000 rs., y en ménos de un mes ha dado el salto del siglo, encaramándose nada ménos que á jefe de sección central, ó lo que es lo mismo, se ha colocado en la nómina con una cifra preciosa de 35 ó 40.000 rs.; que en esto de sueldos hay mucho que entender, y yo en mi vida he sabido lo que es un céntimo de turrón ministerial: y entiéndalo bien, mi amo; para hacer lo que hacen secretarios particulares de esa especie, no se necesita ser muy avisados: se piden, *verbo y gracia*, audiencias al ministro en demanda de protección ó justicia sobre cualquier desaguisado, y el secretario, sin duda, celoso de que no se fatigue el señor, da carpetazo á las solicitudes y se queda tan fresco, tan espetado y tan.... como si los asuntos del público, á quien tienen obligación de servir, no tuvieran más importancia que la que dan esos fátuos al acto de fumarse un *pitillo*, no reparando tampoco en que hacen incurrir á sus amos en la más crasa desatención, y en que se les compare odiosamente con ministros de otras épocas de retroceso en que, sin embargo, no quedaba un recurrente sin ser admitido á su presencia y oídas sus cuitas.

—No quería yo que fueses tan lejos, Antolín: el secretario que tan bien conoces, tiene otros títulos que le recomiendan, porque has de saber que los hombres no se miden por lo más ó ménos raquíticos de la fisonomía, ni por lo más ó ménos simpático de su figura; sus facultades científicas entran por mucho....

—¿Y qué facultades científicas adornan al secretario particular de su excelencia?

—Hombre, es nada ménos que ingeniero.

—¿Ingeniero de qué?

—De montes, Antolín.

—Pues ya dí en la tecla, mi amo: siendo ingeniero de montes debe conocer al dedillo la ar-

boricultura, entenderá perfectamente la clasificación de las familias, y habrá sabido escoger el árbol más corpulento y de más sombra, y como dice el refrán, al que á buen árbol se arrima....

—Tente, Antolin; ¿qué tiene que ver todo esto con la revolución del 68, que era de lo que me proponía tratar en nuestra conferencia? Tus digresiones extemporáneas nos harán aparecer inconsecuentes con nuestros principios....

—Pierda V. cuidado, mi amo; inconsecuencias mayores son hoy moneda corriente en el mercado de la política, y bien que les luce á los muchos traficantes que viven de esa especulación: además, y dispenseme vuestra merced, estos descarrilamientos de nuestra conversacion no son peligrosos á las vidas ni haciendas del pueblo á quien las consagramos, ni afectan á la honra de nadie. Si fuéramos como los que ofrecen economizar los gastos supérfluos del presupuesto y luego hacen lo que el duque de....

—Antolin, tu locuacidad me asesina: ¿qué sandez irás á ensartar?

—En un periquete lo cuento, mi amo: el duque de.... derrochaba á manos llenas su inmensa fortuna, y llegó el caso de que su mayordomo le advirtiera el estado ruinoso en que se hallaba, y la necesidad de poner coto á tanto despilfarro: convencido el duque de las razones de su servidor, propuso adoptar medidas radicales, mandando desde luego suprimir una candileja de aceite que lucía en una cuadra. Así son, señor, nuestros economistas y financieros; quitan el sustento á un conserje ó á un par de barrenderos, y crean plazas dotadas con dos ó tres mil duros y siga la danza, que aunque el presupuesto no lo autorice, siempre encontraremos tapaderas con que cubrir el gatuperio, sobre todo si andan por medio unos buenos *bigotes*....

—Antolin, Antolin, que te condenas: ¿es posible que hasta ese punto me faltes al respeto?

—Señor, yo no lo digo por mí, sino por la revolución del 68 que ha despertado unas ciudadanas con unos derechos individuales, que hasta allí.... y si no que se lo pregunten á....

—Calla, pecador; á saber por donde te ibas á appear, nunca hubiera intentado traer á colacion el acontecimiento de Setiembre.

—Pues vea V., mi amo, cómo le ha caído la sopa en la miel: ya estamos melidos en el ajo por donde menos lo podíamos imaginar, y á confesar á vuestra merced lo que siento por la parte más inofensiva de la susodicha revolución.

—Alabo, Antolin, tu moralidad: ¿con que miras con esa indiferencia y *sans façon* la deprava-

ción de costumbres que se ha desarrollado en la sociedad, merced al desconocimiento de los límites en que deben contenerse los derechos individuales?

—Eso que á vuestra merced le parece tan monstruoso, no vale un comino en comparacion de otros desaguisados que más le deben preocupar.

—Veamos cuáles son ellos.

—Mire V., mi amo, si quiere llamar la atención con novedades de la revolución, me permitiría darle un consejo, á fuer de secretario leal.

—Te lo permito por esta vez, Antolin.

—Pues que, por su naturaleza sutil, le es tan fácil introducirse en el interior de las gentes, posesiónese del Sr. Topete, que es persona que aún debe retener secretos curiosos de aquel acontecimiento.

—Bonitas cosas diría, él, que en pleno Parlamento confesó que su cooperación en tal desenfance constituye el más negro borron en su noble carrera de marino.

—Pues si éste no le agrada, ahí tiene vivo y sano al duque de Montpensier, que también fué pájaro de cuenta en el fregado.

—Es indudable, Antolin; pero como le salieron tan equivocados sus cálculos político-financieros, tampoco serían halagüeños los informes que me suministrara.

—Vea V., mi amo, cómo yo tenía razón al decir cuando dije que traeríamos los papeles mojados: á Topete se le aguaron en el mar, y á Montpensier se los *empaparon* en seco.... Creo que Serrano sería muy competente para el objeto.

—Hombre, sí, hay personas que nacen con estrella, y la de este militar jamás se ha visto eclipsada: lució esplendorosa durante el reinado de Isabel; aherrojada al extranjero, él *casi* la heredó en el trono; como jefe del Estado, su vida corrió apacible y tranquila, gozando de los laureles y recibiendo el incienso que á sus merecimientos se le consagraban; él es, sin duda, el satisfecho entre los satisfechos, y gracias á Dios que hayamos podido dar con algo agradable de lo de Setiembre.

—Para él, señor: que buen par de milloneros se calzaba por la magnanimidad de la nación; lástima que una vida tan suave, tan serena y tan descansada fuese interrumpida por la febril actividad del malogrado D. Juan; lástima que al alzarse los carlistas se acordaran del señor duque para meterle en una empresa que pudiera

establecer un paréntesis entre la normalidad de sus glorias y lo verde de sus laureles.

—Te refieres á lo de Amorevieta; pues desde ahora te digo que es el acontecimiento que más ha caracterizado la vida militar de ese guerrero.

—Pues, mi amo, ponga punto redondo á esa cuestión, que personas más competentes que nosotros la han juzgado detenidamente: en cuanto á mí, ya sabe vuestra merced que es uno de mis héroes, y le he dispensado esa honra en memoria de lo que fuese aquello de Amorevieta; y omita consultarle sobre los secretos de la revolución, puesto que todo el mundo sabe los que al señor duque se refieren: si V. gusta, mi amo, ahí tiene á Sagasta, y también á Ruiz Zorrilla, que ambos llevaron vela en la procesion.

—Me parece, Antolin, que poco podría sacar de dos ovejas descarriadas: cada uno ha querido por completo repartirse la capa de José, y arrogarse la omnimoda direccion de las conquistas revolucionarias; han hecho girones la concordia que los elevó del polvo; han destrozado el partido más liberal, y hé ahí que da lástima contemplarlos viviendo pordioseando la proteccion rastro de buitres que los devorarán al primer desuido que tengan.

—¿Y qué se perderia, mi amo?

—Hombre, al fin son héroes á su modo, y no sé yo lo que ganaríamos en el cambio; ya ves, lo de la *transferencia* hará imperecedero el nombre de D. Práxedes, y el ostracismo de D. Manuel y la metamorfosis del regreso acreditarán la constancia en sus resoluciones, además de consignarse *ad perpetuam rei memoriam*, en una lujosa lápida con letras doradas, incrustada en sitio preferente del salon de la Tertulia progresista.

—Mi amo, es preciso recomendar la afiancen de tal modo, que no pueda arrancarse á tres tirones; como las cosas de este mundo son tan inestables, pudieran mal intencionados, en cualquier eventualidad, cometer con el Sr. Ruiz la profanacion que tuvo lugar con otro personaje de más elevada alcurnia: adornaba precisamente el mismo sitio, siendo coincidencia muy curiosa que este acto de notoria irreverencia fué motivado precisamente por el mismo que produjo el acontecimiento que hoy celebran.

—Pues ya lo sabe el artista; no quiero que el jefe de tan gran partido ande por los suelos, como anduvo el consabido, al decir de los periódicos, en aquella tan horripilante sesion.

—Y bien, mi amo, ya estará V. satisfecho de las bellezas de la revolucion; ¿qué sacó, pues, en claro vuestra merced?

—Hombre, lo que me propuse; tres piés para un.....

—¡Ah! soy, en verdad, un *memé*. Vamos á ver si lo enmiendo, mi amo.

Un pié..... el Sr. Topete.....

—Te equivocas, Antolin; Topete aflojó al sentirse pié en tierra; no sirve para idem de banco.

—Entonces ya tengo uno, señor: ¡Montpensier!

—Calabaza que tú eres: ese pié no es más que *tras-pié*, que es lo que ha sabido dar desde que se le metió en aquella el tema de ser monarca.

—Pues, mi amo, yo me doy por caehifundido: como no sean Serrano, Sagasta y Zorrilla, no me caliento más los cascotes.

—Hombre, gracias á Dios que por casualidad has acertado; esos tres señores son los tres piés que yo necesito; firmes, á prueba de revolucion del 68, á la que están más aferrados que crustáceo antediluviano á las rocas primitivas.

—¿Y qué banco será ese con tres piés? El que se siente en él podrá romperse el bautismo, y no creo á vuestra merced con intenciones tan malévolas.

—El cuarto pié no te apure, mi secretario Antolin;

el cuarto pié vendrá pronto.....

¡vaya! ¿pues no ha de venir?

NI PUNTO MÁS, NI PUNTO MENOS.

—La ocasion la pintan calva, y nunca es mal año por mucho trigo; y como dijo el otro, el que no tiene hacienda busca prebenda; por eso, mi amo, yo siempre he aprovechado las buenas ocasiones de hacer mi agostillo en las elecciones de diputados á Cortes, estableciendo un pequeño comercio, que aunque no dura más que cuatro días, ya saca uno para no morir de hambre en algunos meses: por eso yo creo que engolfándose bien en el busilis constitucional, siempre se encuentra consuelo, á ménos que no sea uno un cernícalo y quiera ser patriota de esos que tienen la tontería de anteponer los intereses del país á los suyos propios; la caridad bien ordenada ha de empezar por.....

—No sé, Antolin, cómo he tenido paciencia para oírte desbarrar de esa manera, y discurrir sobre los más importantes asuntos de la patria tan cínicamente, sentando heregias, que si hubiese Inquisicion yo mismo habia de chamuscarte.

—Quisiera, señor, poderme explicar algo más,

y quizá se convencería vuestra merced de mi razón al manifestarle la cosa tal como se la insinuó. Es lo cierto que los que más clamorean la libertad, y donde con más entusiasmo se proclaman las garantías constitucionales, es en esos tabernáculos servidos por hijos del pueblo, donde se rinde culto á Baco, que es el Dios de la alegría, según testimonio de muchos santos varones desde San Noé hasta nuestros días, en que á Dios gracias cuento también con el parecer nada sospechoso de santones tanto ó más competentes que el inventor del bálsamo de los dioses: pues bien, entre estos sacerdotes de la deidad libadora, es donde se realizan esos tratos y contratos, esas jugadas de bolsa, cuyos precios están siempre en alza, porque siempre se promete el triunfo del candidato por que cada cofradía trabaja, y vea V., señor, cómo al fin y al cabo se llevan una buena parte del corretaje, además de los remojones de peleón con que se santifica el convenio, sin que haya regateo, pues el metálico en estos días está de resto: yo que he sido sacristán de estas *ermilas* durante las anteriores elecciones, quisiera aprovechar las presentes y recoger ese refuerzo para lo que pueda tronar si no vienen otras pronto.

—Cada vez estoy más asombrado de oírte con la sangre fría que ensalzas la inmoralidad erigida en un oficio corriente: cuando debieras lamentar la facilidad con que se adulteran los preceptos de la Constitución, que establece el tiempo mínimo que han de estar reunidas las Cortes, y que á pesar de haberse querido desterrar la arbitrariedad de los gobiernos y prerrogativas anteriores con la promulgación del Código del 69, aún se encuentren callejuelas para incurrir en los mismos excesos, causando el ya fatigado sufragio universal: pero yo creo que por esta vez, Antolin, quedarán fallidos tus cálculos, porque después de la circular que sobre las próximas elecciones expidió el actual ministro de la Gobernación, todos los desmanes cometidos en análogas circunstancias desaparecerán, y serán perseguidos los mercaderes de las conciencias de los electores venales. Por lo que á ti respecta, desde ahora te prohibo tomes parte en semejante tráfico, so pena de declararte cesante del puesto que tienes á mi servicio particular.

—Señor, ante tan fulminante amenaza, renunciaré á mi proyecto; pero estoy seguro que con ello no haremos más que aumentar las ganancias de otros sacristanes: mejor ó peor escritas, que en esto de estilos cada uno procura elegir el que más florido le parece, todos los mi-

nistros de la Gobernación han dado sus circulares aconsejando el libre uso del sufragio, condenando toda influencia, y recomendado á los tribunales el castigo de toda infracción en el cumplimiento de este primer deber de todo ciudadano; y sin embargo, por encima y á pesar de todas esas intimaciones y recomendaciones, están los ejércitos de empleados sostenidos por los caciques amigos de la situación con quien están identificados; y ahora como siempre, porque todas las situaciones tienen su ejército, aunque para ello tenga que apelarse á recursos tan extremos como el de los millones de Ultramar.

—Eso, Antolin, no sucederá en las próximas, te lo aseguro: después de un *escarmiento* como el que se ha hecho con el señor de las trasfereencias, y atendida la integridad y rigidez del actual ministro de la Gobernación, veras cómo en las actas de los presuntos diputados no vendrán esas protestas de amaños é ilegalidades que manchaban las de los representantes de épocas anteriores: *ni punto más ni punto menos* que lo que manda la Constitución.

—Al tiempo, señor, al tiempo; mucho celebraría que al fin se entrase en el buen camino.

LLUVIA DE ESTRELLAS.

—¿Qué se dice por ahí de la tan cacareada lluvia de estrellas?

—Que ha aumentado el ingreso en los hospitales á consecuencia de las congestiones producidas por las violentas posiciones de los curiosos que contemplaban el horizonte.

—Te pregunto, Antolin, sobre las circunstancias y consideraciones á que sin duda se habrán entregado los que han visto el fenómeno celeste.

—Mi amo, todos los que lo han visto hablan pestes de las estrellas: mire V., á las once y media de la noche descargó un diluvio de ellas en unas casas del barrio de Salamanca que estaban en construcción, quedando tres reducidas á cenizas; con este motivo, al recibir el dueño la noticia, vió más estrellas que arenitas tiene el mar; puede V. calcular, señor, cuál sería la intensidad de ese fuego celeste, que no se apagó ni perdió su violencia ante el imponente aspecto del Sr. Mata, ni ante el radicalismo del señor alcalde, ni ante el ardor bélico del Sr. Pavía, que todos fueron testigos del fenómeno terrible.

Además vió, no lluvia, sino catarata de estrellas, el pobre vendedor de agua fresca de la calle de Atocha en el momento que le asestaron la

puñalada que le dejó frito en el acto; y por este estilo, mi amo, sería cuento muy largo el enumerar los casos en que se vieron chubascos de tan fugaces destellos.

—Pero hasta ahora nada me dices de lo que al caso se refiere.

—Diréle, mi amo, que lo del cielo era sin duda filfa de algun chusco: si en lugar de lluvia de estrellas del cielo hubieran pronosticado inundacion de astros terrestres, ya sería otra cosa.

—No te comprendo, Antolin.

—Pues vea V., mi amo, el día 10, y el anterior y los posteriores, los muchos planetas presupuestivos, que tambien quieren hacer carrera en la Representacion nacional, se han dispersado por esos mundos de Dios en busca del sufragio universal, abandonando sus puestos oficiales y descargando en los distritos los programas de sus ofertas con que engatusan á los incautos.

—Antolin, no estás exacto, ni tu comparacion es pertinente: estamos en tiempo de baños, y todos esos señores necesitan reponerse de las asiduas tareas que se toman en la administracion del país, á cuyo efecto obtienen permisos.

—Pues, señor, si eso es así, los establecimientos balnearios se han aumentado este año considerablemente, y será bueno recomendarlo al que se dedica á su estadística; lo malo es que la temporada es corta, pues terminará sobre el 27 del presente mes de Agosto.

CANTARES DE UN DESENGAÑADO.

ESTRIBILLO.

A mis prados me voy
os lo vengo á decir;
si no he de ser ministro,
¿qué falta hago aquí?

Quisiera verte y no verte,
quisiera á solas hablarte,
y á pesar del mundo entero
sabria radicalizarte.

Dí al ciento noventa y uno
que no se asome al Congreso,
porque hay allí muchos cimbríos
que le están royendo el queso.

Del retiro me obligan
á tornar á Madrid,
á cobrar mi paguita
y á salvar al país.

A mí no me da cuidado
que las malas lenguas hablen,

miéntas tenga *contertulios*
que hasta las nubes me eusaleen.

Cada vez que considero
qué amor puse en un *ingrato*,
no sé cómo *no renuncio*
el cargo de diputado.

Comision seductora
¿qué pretendes de mí?
¿Que me vaya?.... Pues voy
á ser vuestro Minis....

Cuando me dieron la nueva
de que usted me llamó *chusma*,
le guiné el ojo derecho;
y el izquierdo á la República.

Ni contigo ni sin ti
mis cimbríos tienen remedio;
contigo no hay simpatías,
y sin ti no hay comederio.

—Si te vas á la *dehesa*
no te acuerdes de mí,
Esas conversaciones
no me gustan á mí.

Tengo pena si te veo
y si no te veo, doble;
no tengo mas alegría
que cuando *miento* en tu nombre.

Suspiros que de mí salen
y otros que de ti vendrán,
si en el camino se encuentran
¡qué *votos* no pedirán!

Si me retiro al monte
no te olvides de mí
porque siempre estoy pronto
á salvar al país.

GAZAPO (*Ensayo poético.*)

COSAS NOTABLES DE LA REVOLUCION.

De Espartero, *el retraimiento*.
De Topete, *el arrepentimiento*.
De Serrano, *el aprovechamiento*.
De Montpensier, *el desprendimiento*.
De Sagasta, *el trasferimiento*.
De Zorrilla, *el desvanecimiento*.
De Rivero, *el empinamiento*.
De 191, *el españolizamiento*.
De la Monarquía, 30.000.000, *si no miento*.
De la Hacienda, *el aprovechamiento*.
Del Crédito, *el envilecimiento*.
De las arcas del Tesoro, *el entelarañamiento*.
Y de los españoles, *el aburrimiento, el deses-*
peramiento y el desollamiento.

Por la recolecta.

ANTOLIN.